



# VENID A ADORARLE

JUNIO 2015



MISIÓN MADRID

*Congregado el pueblo, que puede entonar algún canto, si se juzga oportuno, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no se conserva en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el paño de hombros, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándole algún ayudante o algunos fieles con cirios encendidos. Expuesto el santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro incienso al Sacramento.*

## 1. Canto para la Exposición

*Que la lengua humana cante este misterio:  
la preciosa sangre y el precioso cuerpo.  
Quien nació de Virgen, Rey del universo,  
por salvar al mundo dio su sangre en precio (2)*

*Fue en la última cena, ágape fraterno,  
tras comer la Pascua según mandamiento,  
con sus propias manos repartió su cuerpo,  
lo entregó a los doce para su alimento. (2)*

*Se entregó a nosotros, se nos dio naciendo  
de una casta Virgen; y acabando el tiempo,  
tras haber sembrado la Palabra al pueblo,  
coronó su obra con prodigio excelso.*

*La Palabra es carne y hace carne y cuerpo,  
con palabra suya, lo que fue pan nuestro.  
Hace sangre el vino y, aunque no entendemos,  
basta fe, si existe corazón sincero. (2)*

## 2. Lectura de un texto bíblico

*Del evangelio según san Marcos*

*Mc 4,35-40*

Un día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos: «Vamos a la otra orilla.»

Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban.

Se levantó un fuerte huracán, y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. El estaba a popa, dormido sobre un almohadón. Lo despertaron, diciéndole:

«Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?»

Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago:

«¡Silencio, cállate!»

El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo:

- «¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?»

Se quedaron espantados y se decían unos a otros:

«¿Pero quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!»

### 3. Oración en silencio

### 4. Canto

Todos unidos formando un solo cuerpo,  
un pueblo que en la Pascua nació.  
Miembros de Cristo en sangre redimidos,  
Iglesia peregrina de Dios.  
Vive en nosotros la fuerza del Espíritu  
que el Hijo desde el Padre envió.  
Él nos empuja, nos guía y alimenta,  
Iglesia peregrina de Dios.

**Somos en la Tierra semilla de otro reino,  
somos testimonio de amor.  
Paz para las guerras y luz entre las sombras,  
Iglesia peregrina de Dios (bis).**

Rugen tormentas y, a veces, nuestra barca  
parece que ha perdido el timón.  
Miras con miedo, no tienes confianza,  
Iglesia peregrina de Dios.  
Una esperanza nos llena de alegría:  
Presencia que el Señor prometió.  
Vamos cantando, Él viene hacia nosotros,  
Iglesia peregrina de Dios.

### 5. Lectura de un texto del Magisterio de la Iglesia

**S. Juan Pablo II (*Dies Domini* 74-75.84)**

«En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, que tiene su culmen en la "plenitud de los tiempos" de la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno».

Los años de la existencia terrena de Cristo, a la luz de Nuevo Testamento, son realmente el centro del tiempo. Este centro tiene su culmen en la resurrección. En efecto, si es verdad que él es Dios hecho hombre desde el primer instante de su concepción en el seno de la Santísima Virgen, es también verdad que sólo con la resurrección su humanidad es totalmente transfigurada y glorificada, revelando de ese modo plenamente su identidad y gloria divina. En el discurso tenido en la sinagoga de Antioquía de Pisidia (cf. Hch 13,33), Pablo aplica precisamente a la resurrección de Cristo la afirmación del Salmo 2: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado». Precisamente por esto, en la celebración de la Vigilia pascual, la Iglesia presenta a Cristo Resucitado como «Principio y Fin, Alfa y Omega». Estas palabras, pronunciadas por el celebrante en la preparación del cirio pascual, sobre el cual se marca la cifra del año en curso, ponen de relieve el hecho de que «Cristo es el Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento; cada año, cada día y cada momento son abarcados por su Encarnación y Resurrección, para de este modo encontrarse de nuevo en la "plenitud de los tiempos"».

Al ser el domingo la Pascua semanal, en la que se recuerda y se hace presente el día en el cual Cristo resucitó de entre los muertos, es también el día que revela el sentido del tiempo. No hay

equivalencia con los ciclos cósmicos, según los cuales la religión natural y la cultura humana tienden a marcar el tiempo, induciendo tal vez al mito del eterno retorno. ¡El domingo cristiano es otra cosa! Brotando de la Resurrección, atraviesa los tiempos del hombre, los meses, los años, los siglos como una flecha recta que los penetra orientándolos hacia la segunda venida de Cristo. El domingo prefigura el día final, el de la Parusía, anticipada ya de alguna manera en el acontecimiento de la Resurrección.

En efecto, todo lo que ha de suceder hasta el fin del mundo no será sino una expansión y explicitación de lo que sucedió el día en que el cuerpo martirizado del Crucificado resucitó por la fuerza del Espíritu y se convirtió a su vez en la fuente del mismo Espíritu para la humanidad. Por esto, el cristiano sabe que no debe esperar otro tiempo de salvación, ya que el mundo, cualquiera que sea su duración cronológica, vive ya en el último tiempo. No sólo la Iglesia, sino el cosmos mismo y la historia están continuamente regidos y guiados por Cristo glorificado. Esta energía vital es la que impulsa la creación, que «gime hasta el presente y sufre dolores de parto» (Rm 8,22), hacia la meta de su pleno rescate. De este proceso, el hombre no puede tener más que una oscura intuición; los cristianos tienen la clave y certeza de ello, y la santificación del domingo es un testimonio significativo que ellos están llamados a ofrecer, para que los tiempos del hombre estén siempre sostenidos por la esperanza.

El domingo, establecido como sostén de la vida cristiana, tiene naturalmente un valor de testimonio y de anuncio. Día de oración, de comunión y de alegría, repercute en la sociedad irradiando energías de vida y motivos de esperanza. Es el anuncio de que el tiempo, habitado por Aquél que es el Resucitado y Señor de la historia, no es la muerte de nuestras ilusiones sino la cuna de un futuro siempre nuevo, la oportunidad que se nos da para transformar los momentos fugaces de esta vida en semillas de eternidad. El domingo es una invitación a mirar hacia adelante; es el día en el que la comunidad cristiana clama a Cristo su «*Marana tha*, ¡Señor, ven!» (1 Co 16,22). En este clamor de esperanza y de espera, el domingo acompaña y sostiene la esperanza de los hombres. Y de domingo en domingo, la comunidad cristiana iluminada por Cristo camina hacia el domingo sin fin de la Jerusalén celestial, cuando se completará en todas sus facetas la mística Ciudad de Dios, que «no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero» (Ap 21,23).

## 6. Oración en silencio

## 7. Preces

Invoquemos a Dios, nuestro refugio y nuestra fortaleza, y digámosle:

*Haznos fuertes en la caridad, Señor.*

- Dios de amor, que has hecho alianza con tu pueblo, haz que recordemos siempre tus maravillas.
- Que los sacerdotes, Señor, crezcan en la caridad y que los fieles vivan en la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz.
- Haz que siempre edifiquemos la ciudad terrena unidos a ti, no sea que en vano se cansen los que la construyen.
- Manda, Señor, trabajadores a tu mies, para que tu nombre sea conocido en el mundo.
- A nuestros familiares y bienhechores difuntos dales un lugar entre los santos y haz que nosotros un día nos encontremos con ellos en tu reino.

Padre nuestro

Concédenos, te rogamos, Señor y Dios nuestro,  
celebrar con dignas alabanzas  
al Cordero que fue inmolado por nosotros  
y que está oculto en el Sacramento,  
para que merezcamos verle patente en la gloria.  
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

*Al acabar la adoración el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión sencilla, y se arrodilla a continuación, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto el ministro arrodillado inciensa al santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.*

## 8. Canto eucarístico

Adorad postrados este sacramento.  
Cesa el viejo rito, se establece el nuevo.  
Dudan los sentidos y el entendimiento:  
que la fe lo supla con asentimiento. (2)

Himnos de alabanza, bendición y obsequio;  
por igual la gloria y el poder y el reino  
al eterno Padre, con el Hijo eterno,  
y al divino Espíritu que procede de ellos (2).

## 9. Oración

Oremos. Concédenos, Señor y Dios nuestro,  
a los que creemos y proclamamos  
que Jesucristo,  
el mismo que por nosotros  
nació de la Virgen María

y murió en la cruz,  
está presente en el Sacramento,  
bebamos de esta divina fuente  
el don de la salvación eterna.  
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén

## 10. Bendición y reserva

*Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con él en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.*

*Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación y finalmente el ministro se retira.*

## 11. Aclamación

Ruega por nosotros, amorosa Madre,  
para que tu Hijo no nos desampare.